



El Año de la Misericordia ya tiene su santa: la Madre **Teresa de Calcuta** fue canonizada el 4 de septiembre en Roma ante más de cien mil personas. En la ceremonia, el papa **Francisco** propuso su testimonio de “la cercanía de Dios hacia los más pobres entre los pobres” como modelo para el mundo del voluntariado.

# La santa de la misericordia

ANTONIO PELAYO. ROMA

Cada santo es diferente y tiene –permítaseme la expresión– su particular “club de fans”; en algunos casos, estos van poco más allá de las fronteras de la congregación religiosa a la que pertenecieron o de la diócesis que promovió su proceso de canonización.

No es el caso de la Madre **Teresa de Calcuta** (en el mundo, **Gonxha Agnes Bojaxhiu**). Nacida el 26 de agosto de 1910 en la ciudad de Skopje (entonces perteneciente al Imperio otomano), ya en vida gozó del aprecio de los medios de comunicación del mundo entero: la revista *Time* le dedicó en 1975 su portada con el título “Santos vivos” y, en 1979, recibió el Premio Nobel de la Paz.

Su beatificación, presidida por **Juan Pablo II** el 19 de octubre de 2003, constituyó una imponente manifestación de júbilo universal, y estuvieron presentes delegaciones oficiales de 27 naciones, con la participación –entre otras personalidades– de la reina **Fabio-la** de Bélgica, los príncipes de Liechtenstein, los presidentes de Albania y Macedonia o **Lech Walesa**, expresidente de Polonia y también Nobel de la Paz.

En la homilía que pronunció el día en que la hizo beata, **Karol Wojtyla** la definió como “pequeña mujer enamorada de Dios, humilde mensajera del Evangelio, infatigable benefactora de la humanidad, una de las personalidades más relevantes de nuestra época”.

Por decisión del papa **Francisco**, la canonización de la religiosa ha tenido lugar durante la celebración del Año Santo

de la Misericordia, ella que fue instrumento durante toda su vida de esa misericordia divina traducida en obras de caridad dirigidas a los más pobres y humildes del planeta. Hoy sus casas están presentes en 139 países de los cinco continentes.

No es de extrañar, pues, que el anuncio de su elevación a los altares suscitara enseguida ecos positivos en todo el mundo y no solo dentro de la Iglesia católica. La ceremonia fue seguida por una multitud que superó las 100.000 personas; la Sala de Prensa informó de que 600 periodistas se habían acreditado especialmente para este acontecimiento y el *Centro Televisivo Vaticano* anunció que 120 televisiones retransmitirían íntegramente al acto hasta los últimos confines de la tierra.

Las delegaciones oficiales que representaban a sus respectivos países eran también esta vez muy numerosas e importantes: la de Albania, con su presidente y primer ministro al frente, como las de Macedonia y Kosovo; la India, segunda patria de la Madre, envió a su ministro de Asuntos Exteriores; la FAO y el Programa Mundial de Alimentos, a sus directores generales.

Mención aparte merece la delegación española, presidida por la reina Doña **Sofía**, y de la que formaban parte la presidenta del Congreso de los Diputados, **Ana Pastor**; el ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación, **José Manuel García Margallo**; así como el secretario de Estado para la Unión Europea, **Fernando Eguidazu**. »

» Como es sabido, Doña Sofía mantuvo una estrecha y cordial relación con la Madre Teresa, con la que estuvo en diversas ocasiones tanto en la India como en España. En la misa de canonización, la Reina emérita llevaba colgada una medalla que le había regalado la nueva santa y renunció a la habitual mantilla con peineta como gesto de sencillez. A su llegada a la plaza de San Pedro, fue saludada por la actual superiora general de las Misioneras de la Caridad, **Mary Prema Pierick**, quien le agradeció calurosamente su presencia.

Desde primeras horas de la mañana, la plaza mayor de la cristiandad ya estaba llena; apenas abierta –a las seis y media–, varias decenas de miles de peregrinos irrumpieron en ella para estar lo más cerca posible del altar papal. Entre ellos, se encontraban 1.500 pobres atendidos por las misioneras, que con sus saris blancos destacaban dentro de una multitud multicolor en su piel y en sus vestidos. Ya caía sobre la plaza un sol radiante que, a medida que pasaban las horas, arreció en sus calores. Las medidas de seguridad –según informó el comandante de la Gendarmería Vaticana, **Domenico Giani**– fueron rigurosas, pero no excepcionales; eso sí, nadie entró en el recinto sin someterse al estricto control de las numerosas fuerzas de seguridad que revisaban una a una a todas las personas. Nadie protestó.

El Pontífice, después de saludar en la Capilla de la Piedad a las personalidades más sobresalientes, hizo su entrada a las 10:30 de la mañana, acompañado por un nutrido grupo de cardenales, entre ellos su secretario de Estado, **Pietro Parolin**. La Capilla Sixtina entonaba el himno del Jubileo *Misericordiosos como el Padre*.



Con el canto del *Veni Creator Spiritus* comenzó el rito de la canonización. Acompañado por el postulador de la causa de canonización, el canadiense **Brian Kolodiejchuk**, el prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, cardenal **Angelo Amato**, dio lectura a una breve biografía de la Madre Teresa. Después del rezo de las letanías, a las 10:44, Francisco pronunció la solemne fórmula de la canonización: “*Beatam Teresiam de Calcutta sanctam esse decernimus et definimus ac Sanctorum Catalogo adscribimus*” (Declaramos y definimos que Teresa de Calcuta es santa y la inscribimos en el catálogo de los Santos). Un atronador y prolongado aplauso se elevó en toda la plaza, mientras eran llevadas al altar algunas reliquias de la nueva santa.

### Vocación a la caridad

Las lecturas eran las correspondientes al Domingo XXIII del Tiempo Ordinario: la primera del libro de la Sabiduría (“¿Quién comprende lo que Dios quiere?”), la segunda un extracto de la carta de san Pablo a Filemón con este consejo: “Recíbelo [a Onésimo] no como esclavo, sino como a un queridísimo hermano”. El evangelio era el de Lucas, el pasaje donde el Señor dice: “El que no renun-



Las Misioneras de la Caridad con el relicario de su fundadora. Sobre estas líneas, la reina Sofía con el Papa. A la derecha, la pizza que Francisco sirvió a 1.500 ‘invitados’

cia a todo lo que tiene no puede ser mi discípulo”.

“Nuestra tarea –comenzó diciendo **Bergoglio**– es la de escuchar la llamada de Dios y luego aceptar su voluntad. Pero, para cumplirla sin vacilación, debemos hacernos esta pregunta: ¿cuál es la voluntad de Dios en mi vida?”.

Siguiendo el texto sapiencial (“los hombres aprendieron lo que te agrada”), el Papa afirmó: “A Dios le agrada toda obra de misericordia, porque en el hermano que ayudamos reconocemos el rostro de Dios que nadie puede ver... No hay alternativas a la caridad: quienes se ponen al servicio de los hermanos, aunque no lo sepan, son quienes aman a Dios... El compromiso que el Señor quiere es el de una vocación a la caridad con la que cada discípulo de Cristo le sirve con su propia vida para crecer cada día en el amor”.



Antes de hablar de santa Teresa de Calcuta, el Papa se dirigió al amplio mundo del voluntariado presente en la plaza con ocasión del Jubileo de la Misericordia. “El seguimiento de **Jesús** –les dijo– es un compromiso serio y, al mismo tiempo, gozoso; requiere radicalidad y esfuerzo para reconocer al Divino Maestro en los más pobres y ponerse a su servicio: los jóvenes sin valores ni ideales, las familias en crisis, los enfermos y los encarcelados, los refugiados y los emigrantes, los débiles e indefensos en el cuerpo y en el espíritu, los menores abandonados a sí mismos, los ancianos dejados solos”.

Con estas premisas, ya podía referirse a la nueva santa, a la que dedicó los dos últimos párrafos de su homilía: “Madre Teresa, a lo largo de toda su existencia –dijo– ha sido una generosa dispensadora de la misericordia divina, ponién-

La fiesta se prolongó con una invitación a pizza napolitana a 1.500 residentes acogidos por las Misioneras de la Caridad

dose a disposición de todos por medio de la acogida y la defensa de la vida humana, tanto la no nacida como la abandonada y descartada. Se ha comprometido en la defensa de la vida, proclamando incesantemente que ‘el no nacido es el más débil, el más pequeño, el más pobre’. Se ha inclinado sobre las personas desfavorecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes de la pobreza [y esta expresión la recaló una segunda vez] creada por ellos mismos. La misericordia ha sido para ella la ‘sal’ que daba sabor a cada obra suya y la ‘luz’ que iluminaba las tinieblas de los que no tenían ni siquiera lágrimas para llorar su pobreza y su sufrimiento”.

“Su misión en las periferias de las ciudades y en las periferias existenciales –prosiguió– permanece en nuestros días como testimonio elocuente de la cercanía de Dios hacia los más pobres entre los pobres. Hoy entrego esta emblemática figura de mujer y de consagrada a todo el mundo del voluntariado: que ella sea vuestro modelo de santidad. Que esta incansable trabaja-

dora de la misericordia nos ayude a comprender cada vez más que nuestro único criterio de acción es el amor gratuito, libre de toda ideología y de todo vínculo y derramado sobre todos, sin distinción de lengua, cultura, raza o religión. Madre Teresa amaba decir: ‘Tal vez no hablo su idioma, pero puedo sonreír’. Llevemos en el corazón su sonrisa y entreguémosla a todos los que encontremos en nuestro camino, especialmente a los que sufren. Abriremos así horizontes de alegría y de esperanza a toda esa humanidad desanimada y necesitada de comprensión y ternura”.

Finalizado el rito eucarístico, el Papa se subió al jeep descapotable y recorrió a lo ancho y largo la plaza de San Pedro, abarrotada de gentes que le aclamaban, y prolongó su recorrido hasta la via della Conciliazione, donde se apiñaban los peregrinos que no habían podido acceder a la plaza.

La fiesta tuvo una prolongación en el atrio del Aula Pablo VI, donde Bergoglio había invitado a 1.500 personas necesitadas que provenían en su inmensa mayoría de los centros de acogida y las residencias que las Misioneras de la Caridad tienen en toda Italia. El menú era sencillo: pizza napolitana y *sfogliatelle* (empanadillas de hojaldre); todo cocinado sobre la marcha y ofrecido gratuitamente por dos conocidos restauradores de la ciudad del Vesubio. Mientras 200 jóvenes religiosas distribuían los manjares a los “pobres”, el Papa contemplaba la escena complacido y a todos impartió su bendición, acogida con grandes aplausos. “Es la mejor comida de toda mi vida. Me he emocionado, pero no por eso he perdido el apetito”, dijo un anciano de inconfundible acento siciliano.

# Una pequeña gran mujer

FERNANDO LÓPEZ DE REGO.

AUTOR DE 'TERESA DE CALCUTA. LA PERSONA' (FRESHBOOK)

**C**n sus 155 centímetros de altura y 45 kilos de peso, Madre Teresa era de complexión ligera. En contraste, uno de sus rasgos de carácter más evidentes era la determinación, rayana a veces en la temeridad. Difícilmente hubiera podido predecirse que la niña retraída que fue –y tímida joven novicia– acabaría convirtiéndose en la mujer más admirada de su época, en la fundadora de una congregación con presencia en 139 países, en la santa de la historia con más kilómetros en sus alforjas.

Haciendo un juego de palabras en alemán, decía **Benedicto XVI** de la fe –y lo mismo se aplica a la santidad– que se trata de un don (*gabe*), como tal gratuito, que requiere, sin embargo, la tarea (*aufgabe*) de que su destinatario lo acoja. Aunque Teresa manifestase su extrañeza de que “un ser tan débil y pecador” como ella

hubiese sido elegido para obras tan grandes, su idoneidad para vehicular el carisma misionero de la caridad es perceptible para la razón ordinaria. Desde muy joven la habitaba el propósito decidido de amar a **Jesús**, propósito que el 7 de abril de 1942 tomó la forma de un voto particular de no negarle cosa alguna que sintiese que le estaba pidiendo.

A ello hay que añadir el vaciamiento de sí misma por temor a interferir en la obra que, a través de ella, se estaba llevando a cabo; y, más allá de la humildad, “la convicción más profunda de nada absoluta” de que le habló a su amigo el P. **Michael Van der Peet** cuando este le preguntó sobre cómo gestionaba el peligro que suponía el caudal de admiración de que era objeto.

De su modo de amar a quienes más lo necesitaban mucho se ha dicho. Menos conocidas son sus facetas



de madre amorosísima de las religiosas de su congregación y de portadora de alegría. Dice la hermana **Serena**, misionera de la Caridad italiana que la trató muy de cerca, que su presencia en las casas era siempre una fiesta. Y narra cómo, en una ocasión una hermana recibió una carta donde se le comunicaba la muerte de su madre. Al leerla rompió a llorar desconsoladamente. Madre Teresa oyó los sollozos, se acercó, le tomó las manos sin decir palabra y las apretó con fuerza largamente. Contaba luego esa hermana que en el mismo día supo que su madre había muerto y, a través de sus manos, que tenía otra madre a todos los efectos.

Para Madre Teresa, la confianza en Dios debía traducirse también en llevar alegría a todos; por ello, decía

que la sonrisa es el signo de acogida gozosa que debemos a cuantos se cruzan en nuestro camino.

Su canonización ha reunido en San Pedro a la mayor multitud en lo que llevamos del Año Santo de la Misericordia. Ha sido muy llamativa la grandísima afluencia de católicos indios y, en menor medida, de albaneses y macedonios, las tres nacionalidades que reivindican a Teresa. Y junto a ellos, gran presencia portuguesa y –estas más habituales– española, polaca e italiana. Y de allende los mares, panameños, filipinos, africanos y una gran representación de mexicanos. Todo un hito de universalidad.

Solo 19 años después de su muerte, el nombre de esa pequeña mujer ha quedado inscrito en el elenco de los santos de la Iglesia. Son



Estatua de la santa en la Casa Madre en Calcuta



Una misionera besa al Papa el día de la canonización

muchos quienes estos días pueden hablar de sus recuerdos personales de ella en las homilias. En la eucaristía celebrada en San Pedro tras la vigilia de **Francisco** con los voluntarios de la misericordia, el 3 de septiembre, el sacerdote celebrante, que la conoció, narró una anécdota ilustrativa de cómo las gastaba aquella mujercita minúscula. Son los años de plomo de la Guerra Fría. Llega Teresa al aeropuerto de un país oficialmente ateo. El policía de fronteras le indica que tiene que quitarse “eso” para poder entrar (se refería al crucifijo que lleva colgado del lado izquierdo del sari). “Imposible –le espetó ella–. Si no entra Él, no entro yo”. Entraron los dos.

Francisco, que deseaba que uno de los grandes hitos

de este año jubilar fuese la canonización de un santo que ejemplificase el amor misericordioso, no se ha cansado de proclamar que Teresa encarna todo aquello que en su pontificado ha venido propugnando: pocos como ella han salido de sus zonas de confort para acercarse a las periferias existenciales del mundo.

El Papa no dejó de referirse en su homilía al tema que la Madre Teresa incluyó invariablemente en sus intervenciones más publicitadas, como sus discursos al recibir el Nobel de la Paz o ante la Asamblea de la ONU: la defensa de la vida. Las consideraciones utilitaristas no pueden prevalecer sobre las ontológicas, venía a decir Teresa, ganándose así las reticencias, cuando no la hostilidad, de sectores del mundo occidental. Para ella era de una evidencia aplastante que el *nasciturus* es el más débil entre los débiles, al que una madre no puede permitir que se le dé muerte en su seno. Admitir lo contrario, aparte de ser el mayor atentado contra la paz, es un síntoma de degeneración civilizacional; en esto estaban de acuerdo desde el ateo **Pier Paolo Pasolini**, gran admirador de Teresa, hasta el que se definía como “ateísta”, **Christopher Hit-chens**, “detractor de cámara” de la santa.

**Gonxha Agnese Bojaxhiu** es ahora santa Teresa de Calcuta. Sin embargo, como sucede con los santos muy populares antes ya de su canonización, la seguiremos llamando como siempre: Madre Teresa. ●

# LEER PARA CRECER

Te ofrecemos reflexión y recursos para seguir creciendo



Ediciones Khaf y Laude te acompañan en la labor pastoral

LAUDE EDELVIVES



# Vaciándose junto a la Madre Teresa

Las valencianas Doria Soria y María Nieves León viajaron a Calcuta y se empaparon de su carisma

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

**D**ora Soria es una mujer especial. Hoy jubilada, en sus muchos años de enfermera en el Clínico de Valencia, en la unidad de pediatría, cambiaba con sus compañeras todos los festivos para trabajarlos ella. Luego sumaba siete semanas de vacaciones, que dedicaba íntegramente a ir a algún rincón de África para ayudar a la gente que más lo necesitaba. Estuvo ocho años en Burkina Faso atendiendo a los más vulnerables de un poblado, en Mozambique formando a otras enfermeras, en Somalia siendo víctima de los señores de la guerra que le robaron todo y la tuvieron retenida varios días o en la Ruanda sacudida por las cicatrices de la guerra, curando a niños y a todo tipo de víctimas de las minas. Pero en 1993 tuvo una experiencia diferente. Cambió África por Calcuta. Quería conocer a la Madre **Teresa**.

Como cuenta a *Vida Nueva*, no le dejó indiferente la experiencia: “Estar ante ella impresionaba muchísimo, te daban escalofríos. Miraba sus pies destrozados, sus manos tronchadas por la artrosis, su pequeñez... Y todo ello contrastaba con la inmensa fuerza interior que transmitía. Era diferente”. Así, exprimió cada instante para estar a su lado: “Nos levantábamos de madrugada para ir a misa con ella,

que era a las seis. Y, si hubiera habido tres misas, habría ido a las tres cada día. No podía dejar de ver cómo se arrodillaba, me fascinaba su sencillez”.

Tras la misa llegaba el momento de entregarse por completo: “Íbamos a atender a discapacitados mentales. Eran unos 300 que, a las afueras de Calcuta, las hermanas iban recogiendo de la calle. Recuerdo a una chica de 17 años. Al despiojarla vimos que tenía todo

Bajo estas líneas, Dora con la Madre Teresa. Más abajo, María Nieves



el cuero cabelludo levantado y la cabeza muy reblandecida. Le pusimos una venda y, a los pocos minutos, empezaron a salir gusanos de ella. He visto muchas cosas, situaciones de todo tipo, pero eso jamás lo olvidaré”.

Por la tarde estaban con los niños: venían de contenedores y muchos eran recién nacidos. Les daban la cena y estaban con ellos. Las caricias eran más importantes que las palabras. Lo mismo que cuando estaban con leproso o enfermos terminales. Al fin y al cabo, es lo mismo que Dora vivió con generosidad, antes y después, en sus muchos viajes a África. Pero con una diferencia: jamás volvió a sentir una fuerza como la de Madre Teresa vaciándose a su lado. De rodillas y sonriendo en silencio.

Tres años después, por sus conversaciones con Dora, el matrimonio valenciano conformado por **María Nieves León** y **José Luis Ferrando** pasó también unas semanas en Calcuta para trabajar con las Misioneras de la Caridad. “Todos los proyectos –explica



María Nieves—partían de ver las necesidades de la gente. De los más pobres entre los pobres”. El primero estaba marcado por un ambiente de hondura y recogimiento: “En Kalighat, junto al templo de la diosa Kali, la Madre Teresa había ido recogiendo a los moribundos para acompañarles en su muerte, en el Nirmal Hriday. No podía dejarles solos. Su mano, su sonrisa, sus susurros. En la puerta había una imagen de Cristo diciendo ‘tengo sed’. Y allí estaban ella y las hermanas para darle agua, para secar su sudor, para enjugar sus lágrimas. Le daba agua a Cristo, al que veía en todos y cada uno de los que recogía en la calle para llevarles a bien morir”.

A María Nieves le impactó de Calcuta la pésima situación de los niños: “Los veías mendigando, arrastrándose por el suelo... Madre Teresa siempre fue muy sensible al dolor de los marginados al nacer, los hijos de madres solteras, los lisiados, los huérfanos, los discapacitados mentales, los abandonados en las cloacas. Consiguió una casa con dos pisos, la Shisu

**“La obra de las Misioneras de la Caridad no es de hombres, es de enamorados. La Madre Teresa descubrió a Jesús en los últimos”**

Bhavan. La prioridad era alimentarlos, cuidarlos, educarlos y, en la medida de lo posible, integrarlos en las escuelas y prepararlos para el futuro, dándoles una formación”.

La lepra, como comprobó esta madre de familia valenciana, fue también objeto prioritario: “La Madre Teresa practicaba el ‘amad hasta que duela’, veía a Cristo en cada hombre. Así, no hacía remilgos para curar las heridas de un leproso. Howrah, a unos 20 kilómetros de Calcuta, fue el lugar donde, después de las ambulancias móviles, se instaló la casa dedicada a leprosería, Titagarh, que contaba con tratamientos médicos y se dotó de granja, telares, talleres para fabricar zapatos, vendajes e incluso una carpintería. Así, los pacientes perdían el miedo a la enfermedad y recuperaban confianza y dignidad. Se hacían su propia ropa y muletas que mejoraban su movilidad. Plantaban árboles y una huerta, e hicieron un estanque para la piscicultura y aprendieron a hacer ladrillos, con lo que pudieron construir casas para sus familias”.

El proyecto en el que el matrimonio trabajó cada día era Prem Dam. “Era una antigua fábrica abandonada —narra María Nieves—, a las afueras de Calcuta, a la que llegábamos atravesando barrios muy pobres, chabolas hechas de latas y paja, donde revoloteaban los cuervos. Allí teníamos que ayudar a levantar a los discapacitados físicos y mentales, lavarles, y luego lavar los suelos y las sábanas y preparar las camas para los que permanecían postrados. Recuerdo como una delicia aquellas charlas en el idioma universal, la sonrisa y el tacto. Ellas hablaban hindi o el dialecto de Calcuta, pero las caricias hablaban por sí solas. Una mujer ciega me investigaba las manos, algún anillo, el cuello, la cadena con la cruz. De esta forma me podía identificar. Las hermanas nos daban guantes, pero ¿quién puede acariciar con guantes?”.

Con todo, lamenta que la Madre Teresa hubiera de vencer en su día muchos obstáculos para imponer el bien: “Todas estas acciones las hubo de llevar a cabo con obstinación. Solo así llegó a convencer a las autoridades, incluso eclesiásticas, que muchas veces pretendían detenerla”.

Echando la vista atrás, María Nieves siente haber sido testigo de la santidad: “La obra de las Misioneras de la Caridad no es de hombres, es de enamorados. La Madre Teresa descubrió a Jesucristo en los últimos. Y su amor la llevó siempre a más amor, a más exigencia, a mayor obstinación para conseguir para ellos lo que consideraba justo. Cuando la Madre Teresa descubrió la ‘llamada dentro de la llamada’ y la siguió hasta el final, superando mil obstáculos, dudas, temores, rompiendo moldes y dedicándose a servir a Cristo en los últimos..., sin saberlo, eligió la santidad”.



# China, el sueño incumplido

VICENTE L. GARCÍA

**M**adre Teresa tenía un carácter muy fuerte, mucha energía. Subía las escaleras de dos en dos. Su sí era sí, y su no era no. Cuando se enteró de que yo era cura, tras celebrarles la misa a la comunidad cada mañana me cogía aparte y me daba de desayunar. La recuerdo impetuosa. En uno de esos desayunos me dice: 'Padre Millán, voy a enseñarle los estatutos de la congregación'. Yo esperaba un documento perfectamente encuadrado y pulcro y resultó ser un montón de hojas encuadradas con papel de estraza. Me los estuvo comentando y en un punto me dijo: 'Cuánto me gustaría poder abrir en China, pero somos muy pequeñas todavía, ¿verdad, padre Millán? Pero, si algún día voy, te llevo, que necesito un cura...'. Yo le contesté: 'Por mí, sin problema, Madre Teresa, pero no creo que mi obispo me deje'. 'A mí sí', me respondió sin inmutarse".

Quien lo relata es el sacerdote alavés Millán Viñas, quien trabajó muy cerca de la nueva santa y con quien tuvo trato en varias ocasiones. La primera, nada más ordenarse. El 8 de junio de 1992 celebraba su primera misa en Vitoria y el 10 de junio su segunda misa la oficiaba en casa de la religiosa albanesa, en Calcuta.

China fue una obsesión para la fundadora de las Misioneras de la Caridad. Tres veces visitó esa nación pidiendo abrir una casa y ocuparse de "los más pobres entre los pobres". Siempre se le negó el permiso. En una ocasión, un funcionario del



Partido Comunista le respondió que en el país "no hay pobres".

Al final, Millán Viñas no fue reclutado para China, pero conserva todos los recuerdos y anécdotas vividas junto a la Madre Teresa: "Mi primer encuentro fue en una reunión de voluntarios. Nos dieron la opción de hacerle preguntas y yo me lancé: 'Madre, para venir aquí me he gastado 600 dólares. Quizá hubiese sido mejor que ese dinero se lo hubiese dado para que usted ayudase a los pobres'. Y me contestó: '¿Qué ha hecho hoy usted?' 'Pues me he pasado la mañana dándole la mano a un moribundo hasta que ha muerto', le dije. Y ella respondió: 'Muy bien. Póngale usted precio a

eso que ha hecho. ¿A que no es posible? El amor no tiene precio".

"Otro día —cuenta el sacerdote a Vida Nueva—, sin mediar palabra, me tomó del brazo, me sentó en el confesionario, me puso la estola y, empezando por ella, fueron pasando todas las monjas de la comunidad por el confesionario. No me pidió que las confesara; me sentó para que las confesara".

Junto a esta, el sacerdote alavés guarda muy vívida otra experiencia personal. "En una ocasión tuve que pasar durante la mañana varias veces por la casa madre y, cada vez que pasaba, me acercaba a la capilla, nada, solo para arrodillarme ante el Santísimo y seguir corriendo intentando llegar a todo. Y todas las veces allí estaba Madre Teresa. Sentada, siempre en el mismo sitio que hoy ocupa su estatua en la postura orante que tenía. Una de las veces me crucé con ella y le dije: 'Madre, he pasado cinco veces por aquí y siempre me la he encontrado en la capilla'. Y me dijo: 'Ah, claro, es que son tantas las cosas que tengo que hacer que si no dedico mínimo unas cuatro horas a la oración no llegaría a poder hacerlas'. Y yo, cura joven e inocente, le dije: 'Pues a mí me pasa al revés; tengo tantas cosas que hacer que no me da tiempo casi ni de rezar'. Me miró con el ceño fruncido y, con voz molesta, me dijo: 'Pues esa es la gran diferencia que hay entre tú y yo'. Se dio media vuelta y no me dijo más. Entonces entendí que es la oración la que nos hace eficaces. Tú rezas y Él lo hace". ●



Arriba, una foto que la santa le dedicó a Viñas. Abajo, el sacerdote en la actualidad